

48-659

Fons Sient de Suuro



LA LEPROSA



N.º 37

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE LA

Colonia-Sanatorio Regional

— DE —

San Francisco de Borja

PARA LEPROSOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

VALENCIA: Tipografía Moderna, Avellanas, 11

Precios de suscripción: un año, 1'50 ptas.

Valencia 8 de Agosto de 1907

A María
Inmaculada
en su
año jubilar
los
leprosos de
España

Consolatrix afflictorum
o. p. n.

La caridad y la fe triunfando en Fontilles

No ha transcurrido todavía un lustro desde que, como una inspiración, saltó de corazones magnánimos el pensamiento de crear una Colonia-Sanatorio para leprosos, donde tan desdichados hermanos nuestros fuesen atendidos debidamente con los recursos de la ciencia y los dulces consuelos de la Religión.

La razón y el cálculo lo hubiesen desechado por imposible antes que los atractivos de su belleza hubiesen sugestionado á la voluntad; solamente la fe, que cuando en un punto á resolver descubre la voluntad de Dios, prescinde ya de todas las cosas, sean éstas favorables ó contrarias, pudo resolverse á darle forma y tratar de llevarlo á la práctica, sin atender á que la magnitud de la empresa exigiría sacrificios tal vez superiores á los que podían esperarse de una sociedad donde la disipación y el goce material parece constituir la única aspiración, llenándolo todo, sin dejar lugar á altruismos heroicos, cuanto menos á los santos y puros ardores de la caridad cristiana.

El feliz resultado con que ve ya coronados sus esfuerzos, está diciendo claramente cuán acordada fué su resolución y cuán seguro puede esperar el triunfo el que, antes que en los hombres, puso su confianza en Dios.

De que así ha sucedido en nuestro Sanatorio para leprosos, fácilmente se convencerá el que una sola vez visite el valle de Fontilles y vea la monumental obra que allí se levanta para bien de esos enfermos y la gran extensión de terreno que constituye su propiedad.

¿Quién, discurriendo por lo que acontece ordinariamente, hubiera podido en un principio anunciar para un plazo de cinco años el estado de adelantamiento tan satisfactorio en que actualmente se halla la Colonia-Sanatorio, con los medios de propaganda y acción de que se ha dispuesto y con los obstáculos y dificultades que ha sido preciso superar?

Nadie, en verdad. Las iniciativas particulares en empresas tan grandiosas, cuyo resultado ha de ser el fruto de la generosa cooperación de muchos, suelen estrellarse generalmente contra la roca de glacial indiferentismo con que son miradas por todos los demás.

Mas esto, que tan frecuentemente sucede, no ha tenido lugar en nuestro caso; antes bien, dando por ello infinitas gracias á Dios, en cuyas manos están los corazones de todos los hombres, justo es reconocer que las iniciativas que inspiraron el Sanatorio para leprosos hallaron inmediato eco en el seno de todas las clases sociales, debiendo confesarnos deudores de gratitud inmensa á ricos, medianos y pobres por sus nobles y generosos ofrecimientos que, después de proporcionarnos grandes consuelos, haciéndonos entender que no estábamos solos en la empresa, sino que otros muchos participaban también de los mismos entusiasmos, sostuvieron nuestros alientos, acudiendo á nuestra ayuda siempre con providencia admirable y salvando las apuradas crisis económicas por las que, como todas las obras de su clase, ha pasado y pasa frecuentemente la nuestra.

Fuera de esto tan hermoso, hay en la historia del Sanatorio algo que conmueve más y llena más de admiración: es la caridad con que tantos, después de dar el óbolo de sus limosnas, han ofrecido sus personas al servicio de los leprosos, bien solicitando un puesto de honor al lado de los enfermos cuando estén instalados en el Sanatorio, bien trabajando gratuitamente en alguno de los servicios necesarios ahora para la realización de las obras.

Muy digno es de aplaudirse el desprendimiento de los que ofrecieron sus capitales para la adquisición de los terrenos y construcción de la fábrica-material; pero, ¿cómo pasar en silencio el ejemplo edificante de los que á la limosna juntan el sacrificio, y renuncian á sus comodidades, y dejan los atractivos de la propia familia y casa, y consienten en vivir bajo un mismo techo con los enfermos, respirar su misma atmósfera infectada, tener á la vista sus repugnantes llagas, curarlas, limpiar las supuraciones y levantar con palabras de aliento el espíritu abatido de aquellos infortunados que ven su cuerpo amenazando ruina como una pared agrietada por todos los lados, pronta á desmoronarse?

Nadie hubiera creído que podrían encontrarse personas dispuestas para tales oficios, aun remunerando sus servicios con toda la esplendidez imaginable; y he aquí que nosotros, aparte las familias religiosas con cuya abnega-

ción y heroísmo hemos contado siempre, llenaríamos una larga columna con los nombres de las personas de uno y otro sexo, de todas clases, edades y condiciones, que nos han pedido un lugar entre las enfermeras de los leprosos, y, lo que apenas se puede creer, solicitándolo con tanto empeño, que algunas pretenden hacer valer *su derecho* á ser preferidas en caso de competencia, alegando la circunstancia de haber sido primeras en solicitarlo. ¡Ejemplos semejantes no se ven fuera de la caridad cristiana que se practica en la Iglesia católica!

Por ese estilo podríamos citar innumerables, y aunque todos los pasemos en silencio, no queremos callar el que actualmente ofrecen los seis señores sacerdotes, á los cuales hay agregado un benemérito seglar, que hace ya algunas semanas se hallan ocupados en Fontilles, unos pintando las incontables puertas y ventanas que tiene el Sanatorio y otros recomponiendo los muebles regalados al Sanatorio y que, bien por los servicios ya prestados, bien por los inconvenientes del traslado, han sufrido algún deterioro, para los cuales trabajos habían sido pedidas á la Junta de gobierno cantidades respetables.

Cuantas personas han visitado estos días la Colonia, y son muchas las que lo han hecho después de la bendición del Oratorio, han admirado el rasgo de caridad que han tenido estos señores sacerdotes; pero nadie supo ó nadie se atrevió á expresarlo de manera tan gráfica como una mujer de pueblo que, más sencilla y candorosa que las otras, viendo á su señor cura llagado de pies á cabeza con las gotas de pintura que habían manchado su sotana y tan afanoso por terminar la puerta que tenía entre manos, no pudo contenerse sin decirle en valenciano del país: «¿Vosté, señor Rector, que paga pa que li pinten sa casa, ve así á pintar de baes?» ¡Hermosa frase que explica la virtud y la eficacia inmensa de la caridad, cuando por ella se realizan actos que por otros motivos jamás se realizarían!

Por todo esto abrigamos la firme esperanza de que Dios ha de bendecir copiosamente esta obra, donde tantos actos de virtud se han practicado y se vienen practicando, y que con el transcurso del tiempo Él será glorificado segu-

ramente con otros aun más excelentes y heroicos.



Profilaxis de la lepra, según Besnier

«Aislar ú hospitalizar á aquellos de entre los leprosos cuyos contactos con los demás hombres puedan ser infectantes, siempre que este aislamiento pueda tener lugar.» «Exigir á los leprosos ambulantes la desinfección y la *cura rigurosa* de todos los focos bacilares y cerrando y tapiando cuidadosamente, ejecutando estas causas de todas las soluciones de continuidad en todas las formas de la enfermedad.»

«Vacunaciones contra la viruela, practicadas siempre en los países de lepra con vacuna procedente de las terneras.»

(*Sur la Lepre*—Conferencia de Berlín, Octubre de 1897.)

(TRADUCCIÓN DE M. ZURIAGA.)



Tratamiento de la lepra

Principales substancias empleadas por Unna en el tratamiento de esta enfermedad. Su enumeración.

Sulfo-ichtyolato de sosa.
Sulfo-ichtyolato de amoníaco.
Acido sulfo-ichtyólico.
Resorcina.
Acido pirogálico (Pirogallo).
Crisarolina.
Acido salicílico.
Acido clorhídrico.
Acido cítrico.
Espíritu de jabón de Hebras.
Ungüento de zinc benzoado.
Precipitado blanco.
Emplasto mercurial de Vizo, fenicado.
Emplasto salicilado.
Emplasto de resorcina.
Emplasto de ácido pirogálico.
Preparados de óxido de zinc.

M. ZURIAGA.

Un caso interesante de lepra

I

Casimiro es un muchacho natural de Murla, bueno y simpático; apenas cuenta diecinueve años, y desde hace algún tiempo se siente delicado de salud, sin que se sepa á punto fijo cuál sea su enfermedad. Creen algunos que está enfermo de lepra y huyen de él; otros, aunque lo dudan, no dejan de tratarle con gran precaución, y el único que no sospecha siquiera ser víctima de tan terrible enfermedad es el propio interesado, y esa es la razón porque, en medio de la tribulación que atraviesa, se siente relativamente tranquilo.

Sin embargo, para salir de incertidumbres se decide á consultar el parecer de inteligentes facultativos, y para más asegurarse en asunto tan trascendental, bien recomendado por el señor Cura, Casimiro se traslada al Hospital de Valencia. Allí los médicos le examinan con detención, y todos convienen unánimemente en que la enfermedad de Casimiro es uno de esos casos de lepra tan bien caracterizados que no deja lugar á duda. De modo que el pobre enfermo al poco rato, después de cruzar varios departamentos, se encuentra en la sala de leprosos. El desencanto no pudo ser más fatal, el mundo se le vino encima, una indecible amargura se apoderó de su corazón y la tristeza le consumía por momentos.

Inmediatamente decidió abandonar el Santo Hospital para regresar á su casa, y apenas se vió en la presencia de su padre, con los ojos arrasados en lágrimas, exclamó diciendo:

—Soy leproso, padre mío, y no pudiendo ya vivir en sociedad, hágame una casita en cualquier campo é iré allí á esperar que la muerte venga y me saque de esta triste vida.

Desde entonces Casimiro no se ve por ningún lado, no sale de casa, tiene miedo de ser visto y vive sumido en un mar de tristeza y amargura, sin recibir consuelo de nadie, porque los únicos que le visitan son el señor Cura y el tío Antonio.

II

El tío Antonio es un viejo, también natural de Murla, pero muy singular. Está tuerto, no

ve de un ojo; pero en cambio los ojos del alma los tiene muy sanos y son de lince. Todos le conocen, todos le quieren y todos le admiran; sin embargo, en muchas ocasiones también la gente suele huir de él. Y es que el tío Antonio tiene la laudable costumbre de visitar á los leprosos, asistir á los moribundos y enterrar á los muertos. No hay leproso que él no trate y visite, ni se guarda memoria de uno solo que haya muerto durante su larga vida, que no baja de setenta años, que él no haya enterrado.

Por este oficio de enterrar tiene una verdadera pasión y lo prefiere á toda clase de fiestas y diversiones, y así se explica que esté tan familiarizado con la muerte y que hable de ella como de la persona más íntima. Días pasados me vino á visitar al Sanatorio, y me decía con indecible naturalidad:

—He visto morir á muchos y le aseguro que hay muertes muy bonitas; siempre son como la vida, de modo que conociendo la persona no tengo inconveniente en adivinar la clase de muerte que ha de tener. Lo mismo sucede con el delirio que á veces suele acompañar la última agonía; también se sabe cómo ha de ser: el negociante delira y habla de pérdidas y ganancias, el político de sus triunfos; el amigo de Dios, de la Santísima Virgen, de San José, de los ángeles, del cielo...

Todos estos datos he querido aportar para que se sepa quién es el tío Antonio, primer aspirante á la plaza de... sepulturero del Sanatorio de Fontilles.

Enterado, pues, el tío Antonio del estado de Casimiro, fué á visitarle y le encontró en la aflictiva situación que queda dicho, poniendo grande empeño, como es natural, en consolarle primero y en sacarle un rato á paseo después con el pretexto de visitar el Sanatorio, pero todo fué en vano. Casimiro se resistió tenazmente, teme el presentarse en público, teme ser visto, la tristeza le consume y desea morirse. El tío Antonio le predicó un sermón cristiano, porque para esta clase de auditorio, si no es en cristiano no se puede predicar, ni hay tampoco oradores de otra escuela que se pres-ten á hacerlo.

—Cuando Dios nos toca—dijo el tío Antonio á Casimiro,—suele ser siempre para hacer daño á la carne, mas es para sanar nuestra

alma. Vosotros los leproso es verdad que sufrís una enfermedad fea y repugnante; pero, ¿quién tiene el cielo más seguro? Y así no quieras morirte; deja que el Señor de la vida acabe su obra comenzada, pues no está lejos el día en que, curada tu alma, entres en posesión de la gloria, y entonces bendecirás la enfermedad que tanto te aflige y la mano bienhechora que te la envió.

Con este sublime sermón, único bálsamo que alivia y cura las dolencias de la humanidad, y sin cuya salvadora eficacia todos acabaríamos por desesperarnos, Casimiro se sosegó, se tranquilizó muchísimo, y aun parece que sintió allá en el fondo de su alma una especie de consolación que él antes desconocía y que llenaba su corazón de consuelo. Sin embargo, ni perdió la vergüenza natural que sentía de verse leproso, ni el horror de presentarse como tal en público.

III

Estoy seguro que el tío Antonio habrá resultado á los ojos de mis lectores un tipo verdaderamente admirable de esos que rayan en los límites de la heroicidad, y no seré yo por cierto quien niegue el mérito y la excelencia de esta clase de héroes, cada día más raros en el mundo, sobre todo entre la gente que se cría á la moderna; pero quiero que conste que el noventa por ciento de los sacerdotes pertenecen á esa escuela y llegan todavía un poco más alto, porque ya no se contentan con visitar y consolar á los leproso y á toda clase de enfermos, como el tío Antonio hace, sino que, prevalidos de su instrucción é influencia social, los buscan y procuran toda clase de socorros, al mismo tiempo que estudian el modo de que resulten más meritorias las penas y más llevaderos los trabajos.

Uno de estos héroes, entre miles que pudiéramos citar, es el señor Cura regente de Murla, quien, cumplidos los deberes parroquiales, dedica sus ratos de descanso y de solaz á pintar el Sanatorio, ya que su pobreza no le permite ayudar á las obras con otra clase de recursos, sin dejar por esto su santa costumbre de visitar á los enfermos y leproso. De modo que antes y después que el tío Antonio ha visitado el señor Cura á Casimiro; como aquél le

ha consolado con palabras, y capacitado de su afflictiva situación, ha dado todavía un paso más en su obsequio, paso que ha motivado estas líneas, porque conviene que llegue á noticia de cuantos aman la obra de Fontilles y estiman el bien del pobre leproso.

—Puesto que te avergüenzas de estar leproso—dijo el señor Cura á Casimiro,—y huyendo del trato con las gentes pretendes vivir aislado en una casita de campo, ¿por qué no la edificas en Fontilles, donde podrás ser servido con esmero por Hermanas de la Caridad, asistido por médicos inteligentes, visitado y consolado por almas nobles, tomar parte en los actos religiosos, tratar cuando te convenga con los compañeros de infortunio y otras personas buenas, y hasta distraerte y solazarte trabajando y dando paseos por el campo?

¡Hermosa idea! Fué como una inspiración del cielo que llenó de consuelo el alma de Casimiro y á muchos ha parecido la mejor y más magnífica solución del conflicto!

El gran pabellón del Sanatorio de Fontilles es muy á propósito para los pobres leproso que se hallan en el último período de su enfermedad y necesitan cuidados continuos. Los otros pueden vivir aislados en pequeños pabellones y acudir á las horas que se les señalen á los actos comunes, á recoger la comida, la ropa limpia, á presentarse al médico, etc., recibiendo los avisos correspondientes por teléfono.

Esta idea ha sido aceptada con entusiasmo por la Junta de Gobierno y propuesta á la Facultativa Médica del Sanatorio para que, en el caso de que el informe de ésta sea favorable, pueda el señor Arquitecto poner manos á la obra. Y entonces Casimiro tendrá en Fontilles su modesta casita con la multitud de ventajas que dejamos apuntadas, y con él podrán tenerla otros muchos pobres leproso á quienes no será difícil encontrar una ó varias personas bienhechoras que las costeen, siendo todas del mismo modelo por supuesto y sumamente económicas, y esta será otra de tantas obras humanitarias como han ideado y no cesarán nunca de idear los pícaros curas.

Fontilles 25 de Julio de 1907.



INFORME DEL DR. ZURIAGA

sobre la naturaleza contagiosa ó no contagiosa de la lepra, y medios que conoce la ciencia para impedir el desarrollo y la generalización de esta enfermedad.

(CONTINUACIÓN)

«Por lo que á España se refiere todos opinan, los historiadores, los médicos, que la lepra apareció por primera vez en ella al mismo tiempo que en Italia y en las demás naciones europeas, esto es, por los años 60 antes de Jesucristo, al regreso de Siria y Egipto del ejército del gran Pompeyo. La lepra se aclimató perfectamente en la península hispánica, causando enormes estragos. La historia nos refiere que de lepra murió (año 923) en acerbos dolores y congojas Fruela, el hijo de Alfonso el Grande, y si hasta los príncipes alcanzaba el contagio, fácil es calcular el terrible imperio que este virus ejercería sobre los pobres, débiles y necesitados.»

«En el siglo XI los progresos en la lepra hicieron indispensable el establecimiento de hospitales ó lazaretos para los leprosos. El primero de que se tiene noticia fué fundado en Valencia por Ruiz Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, general de las tropas del Rey D. Sancho II, por los años 1067.»

«Luego Alfonso el Sabio ordenó que se estableciera en Sevilla una casa de la orden de San Lázaro, donde fuesen recogidos y tuviesen incomunicados á los gafos, plagados y malatos (leprosos), á cuyo hospital concedió muchos y muy grandes privilegios.»

«A continuación se establecieron en varios puntos diferentes hospitales lazarinis, construyéndose siempre fuera de los pueblos para evitar el contagio, con arreglo á las antiguas disposiciones del Levítico.»

«En 1477 tomaron los Reyes Católicos la fuerte é importante medida higiénica de quitar al clero la dirección de los numerosos lazaretos que existían, poniendo su gobierno en manos de médicos especiales que se llamaron «alcaldes de los enfermos de lepra» (pragmática del 30 de Marzo, dada en Madrid). Con estas medidas higiénicas llegó casi á desaparecer la lepra de Europa. Libre la sociedad por muchos años de tan asquerosa dolencia, ya no debe parecer extraño el que á los gobiernos, á la clase médica y más aún al pueblo, «haya pasado desapercibido su actual retoñamiento y admirable modo de reproducción». Forma verdaderamente un gran «contraste la facilidad de reconocer la lepra que tienen los moradores de

algunos pueblos de la provincia de Alicante, en donde es diagnosticada hasta por los mismos chiquillos» con la supina ignorancia en la que, por espacio de mucho tiempo, han permanecido, no sólo las autoridades, si que también los médicos en la misma capital de Alicante y de muchos pueblos de la provincia de Valencia, especialmente de los situados en la Ribera del Júcar, en cuyos puntos, á pesar de pulular públicamente los leprosos, no han llamado la atención de los encargados de velar por el bien público.»

«El Gobierno español, advertido ya de la existencia y gravedad del mal (1), ha tomado las más sabias y oportunas medidas de aislamiento «(hoy completamente abandonadas sin razón en las provincias de Valencia, Alicante y Castellón. Observación de Manuel Zuriaga), las mismas que en otro tiempo casi extinguieron la enfermedad». Despierte también la clase médica; fijen su atención en este gran padecimiento las Academias de Medicina y Cirugía y las muchas notabilidades médicas españolas; estúdiense el modo de combatir esta mortífera dolencia y dispéñese al menos que un pobre médico de aldea, metido entre leprosos desde hace muchos años, dé el grito de alerta y francamente exhorte á sus comprofesores á que estudien el mejor modo de combatir á este cruel enemigo, además del establecimiento del aislamiento tan eficaz en otro tiempo.

.
.
.
.

(Continuará.)



Crónica de la Caridad

Desde la publicación del anterior número hemos recibido:

	Pesetas.
De D. Germán Mata, complemento primer plazo Patrono.	85
De D. Manuel Saavedra, tercer plazo Patrono.. . . .	100
De D. Rigoberto Doménech, canónigo, cuarto plazo.	100
De D. J. M. ^a Fuster, tercer plazo Patrono.	100

(1) Nota de Manuel Zuriaga.—Desde entonces, en el año 1878, hasta el presente, en el 1897, no ha tomado el Gobierno español ninguna medida seria para impedir la propagación de la lepra.

	Pesetas.
De D. Joaquín Espinosa, tercer plazo Patrono.	100
De D. ^a Amparo Asensi, segundo plazo Patrono.	100
En Gandía se ha recaudado:	
S. A. R. la Infanta D. ^a Isabel de Borbón.	125
De D. José Agustí	85
De D. Antonio Alcocer y López.	300
De D. ^a Dolores Bustos y Castillo.	250
De D. José Vallbona.	500
De D. Martín Vallbona.	250
De D. ^a Catalina N.	10
De D. ^a María de la Concepción Jiménez.	100
De D. ^a Rosa Morant.	25
De D. Jaime Ginestar y Ferrer de Sanet.	1
Producto venta postales.	38
De D. ^a Enriqueta Navarro.	1
De D. ^a Dolores López.	1
De D. ^a Manuela Martínez.	0 ⁴ 25
De D. ^a C. E.	1
De D. ^a Martina Mendivesna.	0 ⁴ 50
De D. ^a Petra Bereztain.	2
De D. ^a Manuela Avelaira.	1
De D. ^a Josefa y Manuela Balado.	2
De D. J. G.	2 ⁴ 25
De D. ^a Dolores Quintanilla.	150
Excma. Sra. Condesa Carrageria.	50
Excmo. Sr. Conde de las Almenas.	25
De D. Onofre Mata.	25
De D. ^a Pepita García.	12
De D. Daniel Sellés.	12
De D. José Delgado.	1
De D. ^a Josefa Jiménez.	50
De D. Andrés Asteta.	25
De D. José Blasco Vidal.	100
De D. ^a Josefa Calabuig Carra.	100
De D. ^a C. E.	1
La Sepulvedana.	1 ⁴ 50
De D. ^a Martina Mendivesna.	1
De D. ^a Leandra Delgado.	0 ⁴ 50
De D. ^a Candelaria Vázquez.	0 ⁴ 50
De D. ^a J. G.	0 ⁴ 50

El municipio del pequeño pueblo de Muria acaba de dar un hermoso ejemplo que merece ser imitado por todos los pueblos de la provincia. Sabedor de los muchos gastos y sacrificios que está realizando la Junta del Sanatorio para llevar á cabo tan colosal obra en las mejores condiciones para los pobres leprosos, ha votado para su sostenimiento una subvención de 125 pesetas anuales, subvención que, teniendo en cuenta la pobreza del pueblo y los años malos por que atraviesa toda aquella región, representa una gran cantidad.

Los gusanos de seda que las «Hijas de María», de Benigánim, han cultivado para el Sanatorio han producido 161 pesetas.

D.^a Rosa Morant, de Gandía, ha regalado al Sanatorio una magnífica librería de su difunto

hermano D. Pascual, cura párroco de Fuente-Encarroz, un cubremesa de raso bordado en oro, una cortinita para el tabernáculo, varios cubiertos, objetos de cocina, manteles, servilletas, una máquina de colar y otras muchas cosas de utilidad que, juntas, constituyen un valioso regalo, que tal vez obligue á la Junta de gobierno á proponerla para Patrono en la primera asamblea que se celebre.

Los Sres. Mata y Simón, de la calle de Flasers, han regalado: 28 cremonas, 65 metros hierro media caña, tres gruesas de tornillos, pagando además el porte de remisión.

D. Rosario Lorente ha regalado una mesa-escritorio y un sillón; D.^a Roberta Vilella, unas sillas; D.^a Concepción Ripoll, unos capacitos; don Joaquín Camps, una cabezada.

El domingo 16 del pasado Junio, el vicepresidente de la Junta de gobierno dió dos conferencias en la casa social del Gremio de Labradores de Alcahalí acerca de las Cajas de Crédito y del Sanatorio; al terminar la segunda, invitó á los socios y vecinos á contribuir á la realización del grandioso proyecto de Fontilles con haces de cañas para las obras. El auditorio aceptó gustoso la invitación.

El guarnicionero de la Correjería, D. Vicente Pérez, ha regalado una barriguera, unos tirantes, una cabezada, tres cepillos y una luda; D. José Onta, diez depósitos para agua; D.^a L. Ll., unos tapetes; D.^a Manuela Catalá, una cartera para escritorio; D. T. E. pagó una factura de pintura de más de 250 pesetas; D. Miguel Morell, aparejos por valor de 20 pesetas; varios vecinos de Alcahalí, varias carretadas de cañas; D.^a Concha Tomás de Fuster, hermosos ramos de flor artificial; los Sres. Soto y Ballester, broncistas, una lámpara colgante y otra fija; D. Miguel Sirvent, canónigo, dos misales; D. Andrés Escrivá, unas riendas, un bocado, una grupera, un horcate y varias correas; La Barcelonesa, de Gandía, un cuchillo de cocina; D. José Subiela, un pico; D. Antonio Vicente Martí, un serretón; Sres. Monzó, hermanos, doce libras cera; Sres. González, de Muro, un barrilito de vino para misa; D. Francisco Miralles y C.^a, un acetre y un juego de vinagreras con pocillos; D. Juan Polo, broncista, un plato para vinagreras, un hisopo y una imagen del Crucificado.

Tip. Moderna, Avellanas, 11, Valencia



CARIDAD HEROICA

Para perfecto conocimiento de la importancia del Sanatorio se ha escrito un libro que lleva este título, editado con gran lujo é ilustrado con más de 100 grabados; consta de 187 hojas, papel satinado, tamaño folio mayor, y cuya adquisición puede conseguirse mediante una limosna que no baje de 25 pesetas en favor de los pobres leprosos.

En la primera de las tres partes en que el texto se divide se trata de la lepra desde antes de Jesucristo, haciendo notar la predilección de Dios acerca de los leprosos, los mártires de los atacados de este mal, y el cuadro sinóptico de la ley y conocimiento de la enfermedad leprosa, según Moisés.

En segundo término da á conocer los dictámenes que sobre «La lepra en España» han emitido los Dres. Peset, Poquet, Calatayud, Hernando, Zuriaga, Iranzo, Piqueras y De la Sota, y los Congresos internacionales de higiene y demografía.

Y se ocupa, por último, del origen, aprobación y asiento de la Colonia-Sanatorio, la que ofrece como remedio al mal de lepra; del apoyo moral y científico de la nación, incluyendo las bendiciones del Episcopado español y la última palabra de la ciencia, terminando con un hermoso capítulo titulado *Digitus Dei est hic*, en el que se demuestra es verdadera obra de Dios la Leprosería Nacional de San Francisco de Borja.

